

# CARNET SINDICAL

LA COMISION.

J. S.

Desconocer estas cosas, es ignorar y negar el progreso mismo de la industria, progreso que lleva en sí mismo los gérmenes de las



nuevas fuerzas sociales que concluirán por revolucionar al mundo, dándole un aspecto nuevo y creando un modo de convivencia humana completamente distinto, toda vez que tiende a ser más libre.

La organización sindical de los productores —consecuencia lógica y natural del progreso industrial— no puede combatir sus propios intereses, sino que debe combatir las causas que la originan.

La burguesía, heredera directa de los señores de la Edad Media, y que, por lo mismo, ha desaparecido en la historia un papel revolucionario al destruir la estructura feudal, patrimonial y pastoral, rompiendo "uno a uno todos los eslabones de la cadena feudal que ligaba a los hombres a sus superiores naturales" (Marx), no puede pretender, sin caer en el ridículo, que las formas sociales por ella creadas sean intangibles.

El agente principal de las nuevas condiciones de producción es el proletariado. Este, después de haber sido explotado abierta y descaradamente —como dice muy bien Marx— a través de ilusiones políticas y religiosas, se une en sus asociaciones para tutelar su mercancía y asegurar su existencia. Como es natural, las luchas que entabla tienen distintos resultados.

Pero lo fundamental es que el verdadero resultado de estas luchas no es el éxito inmediato, sino la creciente organización de los trabajadores. La burguesía —defendiendo la inmutabilidad de su régimen— hará todos los esfuerzos imaginables para abogar el desarrollo de esa gran fuerza histórica, fuerza que en los actuales momentos está jugando un papel tan importante en el mundo. Pero todo será inútil.

Marx —con su genial espíritu de observador profundo— decía ya en 1848 que la organización de los trabajadores se veía favorecida por los crecientes medios de comunicación que crea la gran industria. Debido a ellos, los obreros de cada localidad establecen entre sí vínculos sólidos, y las luchas que emprenden se centralizan en una lucha nacional, esto es, "en una lucha de clases".

Con los ferrocarriles —que el capitalismo ha creado y utilizado para su portentoso desarrollo— los trabajadores han desarrollado en pocos años la organización que los burgueses de la Edad Media necesitaron siglos para establecer.

No pueden lamentarse, pues, los burgueses de la Argentina de la existencia de este conflicto social. Cuando este país vivía aún en la barbarie y los medios de producción y de transporte moderno eran desconocidos, no se producían conflictos entre el Capital y el Trabajo. El estado bárbaro, primitivo, de la Nación, no eran propios ni adecuados para esas manifestaciones de lucha.

Las guerras civiles, los conflictos entre el campo y la ciudad, las montoneras, etc., cuando eran determinadas por causas profundamente económicas, eran la expresión del estado social de aquella época.

Los conflictos entre el Capital y el Trabajo estallan entre nosotros simultáneamente con el nacimiento de la industria. Los viejos países de Europa vuelven en nuestras playas los sistemas de producción que en ellos se desarrollaron, y, como es lógico, traen consigo los gérmenes de su propia disolución.

Es importante remarcar, sin embargo, que jamás las luchas obreras tuvieron el carácter trágico que revistieron las luchas civiles en que se desgarró el país durante muchos años. Por qué se aterrorizan, pues, de la extensión que van adquiriendo las luchas reivindicadoras del proletariado?

Si la invasión de nuestro país por los capitalistas extranjeros significó un progreso para él, es lógico pensar que la más alta expresión de ese progreso reside en la intensificación de las luchas obreras, que ha crecido paralelamente a la industrialización del país.

No son admisibles, por lo tanto, las que cada vez más extendidas y fuertes luchas que plantea y sostiene en la Argentina la clase obrera.

El movimiento obrero, que levanta a la clase productora de la ayección y miseria resultantes de la voracidad insaciable del capitalismo; que opone un freno a la codicia inlimitada del mismo; que exalta la personalidad de la clase obrera; que la educa y la superioriza, haciéndola apta y capaz para la instauración de un mundo nuevo, de una forma de convivencia social más humana, más grande y poderosa de los factores del progreso de nuestra era.

Es por esto que nos resulta ridículo oír a los condenadores a la pena de los burgueses que las actúan, heroicos y nobles, sobre las faldas de la burguesía y arrojan a la cárcel, porque no ignoran, aunque sea instintivamente, que cumplen una obra de progreso humano. Aquellos que caen en exceso de lenguaje harían bien de ponerse en contacto con la realidad y esforzarse por comprenderla, para no seguir incurriendo en tonterías cuando no pervenidas conflagraciones del movimiento obrero.

Es bueno que sepan los que de tal modo hablan o proceden que el movimiento obrero, lo quieran o no los capitalistas; lo condenen o no los legisladores; lo dificulten o no las fuerzas encargadas de conservar intacto el edificio, ya agrietado y a punto de caer, de la sociedad actual, que él seguirá su curso hacia la completa culminación de sus propósitos históricos.

La burguesía, que lo ha engendrado con su enorme poder industrial, deberá resignarse a ser reemplazada. Esto será un hecho y constituye una verdad que ha dejado de ser un enunciado teórico.

El mundo se le escapa, pierde su dirección a medida que avanza en su proceso constructivo la nueva fuerza social: el proletariado organizado. Y se le escapa la dirección del mundo, porque, aun cuando de una manera involuntaria, ella ha determinado, con su progreso industrial, el nacimiento del proletariado, producto de la competencia, está reemplazado por la unión revolucionaria, producto de la asociación" (Marx y Engels).

Mal que les pese, pues, a cuantos conservadores creen que la vida es inmutable, o a cuantos piensan que el progreso de renovación que tienen lugar en el mundo no pueden afectarnos, la verdad es que nunca como

en los momentos actuales ha aparecido tan evidente la inestabilidad del régimen social vigente, y en ningún momento como en el que vivimos los movimientos de transformación han tenido la honda y rápida repercusión que, tienen los que se desarrollan a esta hora excepcional de la historia humana.

Vivimos, para una palabra, un período de enorme significación histórica. Las fuerzas que actúan en el gran drama que se desenvuelve en el escenario social, han llevado a su faz más aguda el conflicto de las clases. Y ha sido así que, en la medida que la burguesía, hasta que a ella sólo le estaba reservada la dirección del mundo, resista a una inconsciente payana en la estupidez los embates de la fuerza social nueva, que dará a la humanidad y al mundo una nueva civilización, y una nueva dirección: la del Trabajo libre.

S. MAROTTA.

## CONCEPTOS DEFINIDOS

Para criticar un procedimiento y crear una moralidad, se debe empezar por ser sincero. Es muy cómodo repetir la moral del fraile; decir pero no hacer. En el campo obrero no se necesitan fabricantes de moralidad, sino compañeros de buena voluntad y que no tengan el alma envencida, para poder así trabajar con toda libertad de criterio, comprendiendo que todos los compañeros no podrían pensar como él ideológicamente, pero sí prácticamente.

Así es como se hace obra grama, elevando y fortaleciendo la organización, y si ella tiene errores, aportar su grano de arena para enmendarlos. No queremos organizados que desde la calle, y después de cada reunión obrera, se sientan mártires y descubridores de posibles desmanes que traza la misma organización para vender al proletariado consciente.

Se enajenan la boca hablando de saneamiento y son los primeros en rechazar una misión que les indica la misma organización. Son envidiosos y críticos sistemáticos porque no pertenecen a la mayoría a su manera absoluta de pensar; no tienen tampoco empacho en echar sombras sobre los compañeros conscientes y laboriosos, y para esta empresa cuentan como adeptos a ignorantes e ingenuos que han de llamarlo idiota y votarle todas sus proposiciones sin meditación. Estos hombres hacen más daño a los obreros que el mismo capitalismo.

Los que se erigen en apóstoles para dirigir a la masa obrera por el "camino de la luz"; los que nos dan los planes al detalle de la nueva sociedad; los sapientes plumeros de las narraciones celestiales y la genética evolutiva, esa no nos necesita la organización, sino a aquellos compañeros modestos y trabajadores que se encierran por la organización, que comprendan el procedimiento moderno para luchar, que sepan sacar los valores de la mejor enseñanza, y no enojarse en un programa que tiene por norte el maléfico, que comprendan que el problema a resolver es el hoy, y al momento; que la vista obrera de estar ligada a la realidad, a la vida, a la lucha, sea su punto de partida.

La experiencia, madre de todos los procedimientos, es la guía que ha de afirmar las conciencias, reposar el pensamiento y mirar las cosas en su propio valor. Esta es la nueva escuela de la producción. El sentimentalismo no debe desaparecer en los problemas de transformación. Las cuestiones deben resolverse con la cabeza y no con el corazón. Esta es la diferencia fundamental de los hombres en sus distintas maneras de apreciar los valores. La experiencia, madre de todos los procedimientos, es la guía que ha de afirmar las conciencias, reposar el pensamiento y mirar las cosas en su propio valor. Esta es la nueva escuela de la producción. El sentimentalismo no debe desaparecer en los problemas de transformación. Las cuestiones deben resolverse con la cabeza y no con el corazón. Esta es la diferencia fundamental de los hombres en sus distintas maneras de apreciar los valores.

No son admisibles, por lo tanto, las que cada vez más extendidas y fuertes luchas que plantea y sostiene en la Argentina la clase obrera.

El movimiento obrero, que levanta a la clase productora de la ayección y miseria resultantes de la voracidad insaciable del capitalismo; que opone un freno a la codicia inlimitada del mismo; que exalta la personalidad de la clase obrera; que la educa y la superioriza, haciéndola apta y capaz para la instauración de un mundo nuevo, de una forma de convivencia social más humana, más grande y poderosa de los factores del progreso de nuestra era.

Es por esto que nos resulta ridículo oír a los condenadores a la pena de los burgueses que las actúan, heroicos y nobles, sobre las faldas de la burguesía y arrojan a la cárcel, porque no ignoran, aunque sea instintivamente, que cumplen una obra de progreso humano. Aquellos que caen en exceso de lenguaje harían bien de ponerse en contacto con la realidad y esforzarse por comprenderla, para no seguir incurriendo en tonterías cuando no pervenidas conflagraciones del movimiento obrero.

Es bueno que sepan los que de tal modo hablan o proceden que el movimiento obrero, lo quieran o no los capitalistas; lo condenen o no los legisladores; lo dificulten o no las fuerzas encargadas de conservar intacto el edificio, ya agrietado y a punto de caer, de la sociedad actual, que él seguirá su curso hacia la completa culminación de sus propósitos históricos.

La burguesía, que lo ha engendrado con su enorme poder industrial, deberá resignarse a ser reemplazada. Esto será un hecho y constituye una verdad que ha dejado de ser un enunciado teórico.

El mundo se le escapa, pierde su dirección a medida que avanza en su proceso constructivo la nueva fuerza social: el proletariado organizado. Y se le escapa la dirección del mundo, porque, aun cuando de una manera involuntaria, ella ha determinado, con su progreso industrial, el nacimiento del proletariado, producto de la competencia, está reemplazado por la unión revolucionaria, producto de la asociación" (Marx y Engels).

Mal que les pese, pues, a cuantos conservadores creen que la vida es inmutable, o a cuantos piensan que el progreso de renovación que tienen lugar en el mundo no pueden afectarnos, la verdad es que nunca como

en los momentos actuales ha aparecido tan evidente la inestabilidad del régimen social vigente, y en ningún momento como en el que vivimos los movimientos de transformación han tenido la honda y rápida repercusión que, tienen los que se desarrollan a esta hora excepcional de la historia humana.

Vivimos, para una palabra, un período de enorme significación histórica. Las fuerzas que actúan en el gran drama que se desenvuelve en el escenario social, han llevado a su faz más aguda el conflicto de las clases. Y ha sido así que, en la medida que la burguesía, hasta que a ella sólo le estaba reservada la dirección del mundo, resista a una inconsciente payana en la estupidez los embates de la fuerza social nueva, que dará a la humanidad y al mundo una nueva civilización, y una nueva dirección: la del Trabajo libre.

Así es como se hace obra grama, elevando y fortaleciendo la organización, y si ella tiene errores, aportar su grano de arena para enmendarlos. No queremos organizados que desde la calle, y después de cada reunión obrera, se sientan mártires y descubridores de posibles desmanes que traza la misma organización para vender al proletariado consciente.

Se enajenan la boca hablando de saneamiento y son los primeros en rechazar una misión que les indica la misma organización. Son envidiosos y críticos sistemáticos porque no pertenecen a la mayoría a su manera absoluta de pensar; no tienen tampoco empacho en echar sombras sobre los compañeros conscientes y laboriosos, y para esta empresa cuentan como adeptos a ignorantes e ingenuos que han de llamarlo idiota y votarle todas sus proposiciones sin meditación. Estos hombres hacen más daño a los obreros que el mismo capitalismo.

Los conceptos groseros de destrucción que, por tanto tiempo, han pervenido la mentalidad deficiente de un gran número de trabajadores, no son tolerables sino en cuanto ellos suponen, más que una intención destructiva, un propósito de amplia reconstrucción. Demolir, para reconstruir. Substituir la maquinaria anticuada, con la última expresión de la técnica, a fin de obtener una producción más abundante y perfeccionada, he ahí los propósitos reales del movimiento sindical del tiempo.

La idea de libertad va, pues, unida a la idea de progreso industrial, de tal manera que es absolutamente imposible separar la una de la otra. He ahí la causa por qué las concepciones individualista y comunista reclutan sus prosélitos, una, por lo general, en el mundo de los campesinos e ignorantes que viven lejos de la fábrica moderna; la otra, en la muchedumbre de los obreros industriales.

Ya se ha dicho en numerosas ocasiones en qué consiste la solución del problema social para los trabajadores organizados. Ella es simple, a tal punto de no poder serlo más. Se trata de eliminar la personalidad, cada vez más parasitaria y decorativa, del capitalista, de modo que la producción no experimente detrimento alguno. Es decir, en pocas palabras, el problema social estaría resuelto sólo con hacer definitivo y completo el ausentismo burgués en el campo de la economía.

El obrero revolucionario debe interrogarse constantemente a fin de crearse su rebeldía, si él está capacitado para ocupar su puesto en la fábrica, en el sistema de transporte o en cualquier campo de la actividad social útil, sin necesidad de ser dirigido, vigilado o controlado por otros ser humano. Si él tiene —o se propone tener— una aptitud técnica para intervenir en el proceso de la producción como un elemento constante o acelerador, que en momento alguno pueda ser una traba para que ese proceso se cumpla normalmente.

Hay, pues, en la concepción de libertad que inspira al movimiento obrero moderno elementos de alta moralidad e inteligencia. Un móvil superior anula al proletariado, en cuanto a ser, en el destruido sistema de producción, un factor de mejoramiento y bienestar, no una rémora. Gran parte de su ansiedad actual, consiste precisamente en el comprometimiento de su responsabilidad histórica, y quisiera hallarse persuadido enteramente de

## EL 1.º DE MAYO DE 1920

El pendón rojo que el proletariado conscientemente orgulloso ostenta por las calles del mundo, nunca fué ausente de tantas preocupaciones ni de tantas como en la fecha.

Durante más de un cuarto de siglo, salvo raras excepciones, vino celebrándose sin cesar los sueños ambiciosos, causantes de la horrenda tragedia, ni mayormente molestar la panagoría de la digestión del capitalismo trueno.

Bandas, manifestaciones, cantos rebeldes han atravesado la península de los años sin, aparentemente, conmover el orden burgués.

Pero con la guerra que aun continúa desangrando, el régimen de los intereses creados ha sufrido un sacudimiento tal, que difícilmente le volverá el prestigio y la calma.

La hecatombe española; la incalculable destrucción; el inmenso trastorno de la economía universal de por sí sola han planteado una tarea sobrehumana para varias generaciones enteras.

Sumando veinte millones, entre muertos y mutilados, las víctimas de la "civilización" humana, siendo en su mayoría obreros, el daro abierto en el régimen de explotación actual, hace fracasar toda iniciativa tendiente a normalizar la producción de utilidad social. Esto sin contar con la extenuación física y orgánica producida en el resto de proletariado, tanto por la mala como por la escasa alimentación.

¿Cuánto habrá disminuido la natalidad? ¿Cuántos habrán sucumbido a las duras privaciones? ¿Cuántos habrán muerto de hambre, de frío, de enfermedades, de vicios, de venenos, de venenos, y neutrales, y aquí clase de desastres llevará la desocupación y el descontento? No basta: el soldado obrero vuelvo al hogar y se encuentra con un enemigo desahogado aún que el enemigo que combatir en los campos de batalla; ese enemigo es nacional y se llama: "especialización".

De trabajo. Es inútil hablar. Naturalmente, la infame cámara y la carestía provocan protestas que hasta las recientemente expuestas, son para la burguesía delincente, indicios de tendencia bolchevita; apelo de moda.

Y ahora, con las interrogaciones expuestas, con las dificultades cada día mayores, sin esperanza en perspectiva que pueda significar como un principio de normalización del trabajo feudo, ¿quién no sería capaz de profetizar sobre una próxima revolución social?

Demasiado descontento ha depositado en la conciencia de los oprimidos el inecu sistema capitalista. Muchos tronos han sido arrasados, muchos privilegios arrollados por la tempestad desencadenada sobre el mundo por políticos sin escrúpulos, al servicio de la clase burguesa.

Las falsas razones dadas a los pueblos como justificación de la conflagración mundial, y al mismo tiempo para inducirlos a inmolar en aras de las ambiciones capitalistas, son hoy del dominio público. Eso ha llevado el desprecio en todos los ámbitos de la burguesía. Son conocidas las previsiones tomadas por los gobiernos para precaverse de algún golpe audaz e inesperado, que podrían intentar los trabajadores engañados.

Y sin embargo, como la incitación no basta, siguen los gobiernos propagando toda clase de noticias alarmantes en la esperanza de distraer a los familiares obreros.

El genio del mal aun no ha agotado todos los recursos de su perla política. Las conmutaciones de la guerra, tan abundantes, en lugar de hacer reflexionar sobre el peligro que entrañan para las instituciones burguesas, se diría que sirven a manera de aliciente para la nación que más ha hablado de libertad durante la tormenta sangrienta: Inglaterra, estimula por todos los medios a su alance al

que a la toma de posesión del dominio económico, la producción social no sufrirá un retroceso o una merma; no obstante, por la intención de que cualesquiera fueran las alternativas de esa transformación profunda a operarse —aun en el preciso momento en que escribimos—, la humanidad no podría sino beneficiarse.

Volverse dentro del mundo de la producción en condiciones de libertad absoluta, arbitraria, desleal, será siempre una utopía, cuando no un propósito delincente y perjudicial a las necesidades y bienestar social. Librarlos, librando al conjunto de los productores; haciendo que cada día sea más completa, profunda e inteligente la armonía en el mundo del trabajo, esa debe ser —y es— la aspiración del proletariado revolucionario moderno.

Ajustar, en su grado máximo, los cambios de independencia personal a las conveniencias generales; disminuir a su más mínima expresión la disciplina efectiva y necesaria de la producción moderna, con el fin de que cada ser halle en ella un concepto de utilidad real tal es el deseo que debe nutrir un cerebro inteligente y un corazón de trabajador revolucionario.

El progreso moderno de la economía; la cada día más perfecta colaboración de los productores; la distribución cada vez más justa y especializada de las operaciones productivas, revelan al revolucionario sensato la necesidad de concebir la libertad con un criterio de solidaridad humana tan amplio y todopoderoso, que las utopías individualistas y anarquistas resultan enteramente pueriles.

A medida que el tiempo transurre y nos vamos acercando a formas sociales superiores, las concepciones del pasado, que eran el fruto de las impresiones que sobre la inteligencia obrera producían una etapa rudimentaria de la economía burguesa, se van gradualmente debilitando, enfumándose.

Un ideal superior de libertad, de justicia y bienestar humanos, no puede ser materializado sino por un régimen de productores, capacitados técnica y moralmente, y nutriendo un sentimiento de solidaridad y de deber capaz, no de imponer su egoísmo individual en detrimento de la comunidad, sino de sacrificarlo deliberadamente en homenaje a un anhelo de humanidad práctico como nunca fuera concebido por el hombre en el pasado.

L. B.

antibolchevismo; quiere decir: sopla al desgarramiento fomentando la guerra civil entre los rusos. ¡Hay acaso un delito más bárbaro y perverso! Si para esto, pues castiga y sacrificia deliberadamente en Egipto, en la India; es abrupto se enseñorea de Constantinopla sin levantar siquiera un murmullo de indignación. "¡Rule Britannia!"

Francia, no satisfecha con la disolución "revanche" no contenta de verse salva, continúa blandiendo su eterna pesadilla antisocial, favoreciendo la reacción antibolchevita; mientras obstaculiza la nueva organización social surgida en Rusia; favorece en cambio a los extrínsecos alemanes de la cuenca del Ruhr para hacer de ellos lo mismo que en 1871 hizo con los comunistas de París, si llegaron a poseerlos de los yacimientos carboníferos.

Italia, figura subalterna en ese maremagnum del desorden, hace lo que puede en la medida de sus intereses, agitando de su lado la cuestión de Fiume y contrariando con los yugoslavos.

A los demás países capitalistas quédale el espectro bolchevista.

Se les ocurre conocer, en las alternativas actuales, cuanto al acostarse por la noche no se preguntan sobre la clase de sorpresa que el mañana les deparará cada día. Esto no impide a la prensa burguesa extenderse en largas tiradas sobre el restablecimiento de la paz. ¿Qué sarcasmo!

Si bien es desconsolador constatar que aparte del proletariado ruso, nadie más ha demostrado capacidad para liquidar de una vez por todas ese régimen capitalista, violento opresor y sanginario.

Entre paréntesis, cabe decir, que la revolución rusa ha derrumbado otro pedestal científico. De hecho, el pueblo clasificado entre los menos cultos del mundo, no sólo acomete la revolución más audaz y trascendente de nuestro tiempo, sino que ha sabido defenderla, derrotando a los ejércitos de los ejércitos mercenarios de la reacción.

"Los primeros serán los últimos". Así es, verdaderamente.

De seguro los dirigentes maximalistas no se echarán a dormir sobre los laureles, desde que sus enemigos, y son muchos, continúan el acecho. Habiendo dado sobradas pruebas de su perspicacia, hará vigilar cautelosamente las maniobras solapadas del capitalismo confabulado.

Nos parece que la rapidez de los ingleses en ocupar Constantinopla, Valdivostok por los japoneses, lo mismo que el avance francés en territorio alemán, hechos llevados a cabo casi simultáneamente, han de entrañar algún plan descabellado. Por ejemplo: anastar algún golpe mortal a las rebeliones obreras para luego emprender el estrangulamiento de la Rusia roja y socialista de verdad.

De qué no serían capaces los tenebrosos que residen al norte de Lloyd George, de un Millerand, etc.? Hombres de tal talla, inmorales y perversamente perversos, no se detienen ante ninguna monstruosidad. Ellos, que tantas han llevado a cabo en cinco años de odios furibundos.

Volviendo a la pasividad obrera apuntada más arriba, hemos de hacer justicia con sólo mencionar las dificultades interpuestas por la burguesía y que para los obreros es necesario ante todo apagar bien las flamas y consolidar los cuadros de nuestros batallones obreros. La experiencia nos ha enseñado duramente cuán falaz resulta farlo todo en la audacia solamente. Constatando los elementos de desafección de la nación obrera, que se ven en las hostilidades, bastan para hacernos comprender lo trágico que se presenta el desencanto de la revolución social.

Sólo los irresponsables podrán imaginar salir con bien en una intencional vulgar.

¿Qué decir del desmentimiento ideológico, doctrinario o tético, tan impropio de la era histórica que atravesamos? Una vez más repetimos, el provecho que la burguesía saca de nuestras diatribas violentas, es nuestros enojos divinatorios.

Quienes no se avienen a reconocer el daño que producen con su propaganda de oponer convicción a convicción, método a método, organización a organización, organización a organización, que sean, la historia los juzgará: traidores de la emancipación obrera.

Después, después de haber plantado nuestro flamante símbolo redentor sobre las ruinas del tiránico régimen capitalista, tendremos ancho campo para discutir y determinar las formas y derroteros de la humanidad liberada.

Alto los corazones y la mirada fija en esa lucha sin cuartel, emprendida por las huestes trabajadoras bien organizadas. Dejemos de dar crédito a las mentiras del cable y de la prensa capitalista, conjurada en el silencio y en la divulgación de absurdas patrañas.

Del farrago de todas las falsedades que la prensa cobarda manipula para desacreditar las grandiosas agitaciones proletarias, con las espesiones intención de llevar la confusión a los cerebros obreros, podemos altamente afirmar que, si bien la cultura tiene pies veloces, la verdad, lenta pero segura, llega a su tiempo también.

La mentalidad obrera ha hecho un gran progreso, llegando hasta poner en limpio las entrelenas de los colosos impresos.

El 1.º de Mayo, que hoy festejan los trabajadores del mundo, tiene una trascendencia que nunca tuvo, trascendencia que la misma burguesía se ha encargado de darle asiento con su miedo atónico.

Lejos de nosotros la suposición de un estallido revolucionario simultáneo. Que la burguesía lo crea así y se apresure a prevenirlo, son cosas tuyas, pero que no responden a la lógica elemental de los procesos revolucionarios en el tiempo y en el espacio. Aunque pasara sin incidentes de nada, bastaría con volver nuestra mirada en ese día fatídico allí, hacia Rusia, donde la efeméride ya no es inmensa manifestación de ideales utópicos, sino la realidad de los pueblos.

Allí los obreros de la nueva civilización, en su tercera primavera redentora, en la alegría de la libertad augurando días mejores para los oprimidos desmanados todavía por el mundo, harán votos por la humanidad sin distinción de religión o lengua a que, en fecha no lejana, pueda protegerse universalmente la solidaridad de los pueblos.

"¡Viva la Rusia del Soviet!"

RADEMAL.

## El Controlador Obrero

Los revolucionarios desconfían, por instinto, de los adulescentes de gran número de gente extraña al movimiento sindical que no han sido solicitados; es consentimiento y es unanimidad no pueden ocultar más que confusión, equívoco y engaños.

Cuando, como en la actualidad, se habla de "consejos" y de "comités" obreros, se ve de que, efectivamente, hay equívocos, confusiones y engaños. Se dirá que esas dos cuestiones —consejos y controlador obrero— van a formar parte de las reformas sociales que la mayoría de la gente reclama y que ya se agita en mayor discusión. Y es, precisamente, necesario, ahora más que nunca, separarse y distinguirse claramente de todos aquellos con quienes no se puede, ni se debe estar de acuerdo.

No se ha hablado en los diversos parlamentos nacionales, y aun desde el gobierno, de conceder a los obreros el derecho de participación en las empresas industriales —tanto en lo referente a administración, dirección, como en la repartición de los beneficios? ¿No se ha hecho alusión, abiertamente, a nuevas formas de representación profesional? ¿Tendremos, entonces, los consejos de obreros reconocidos por el Estado y el controlador obrero, con el consentimiento y al amparo de la autoridad del Estado? Y lo que es peor aún, ¿no habrá, en nuestras mismas filas, gente que mirará todo eso con simpatía y que llegará a aconsejar al proletariado que confíe en esas reformas?

Es indispensable poner de manifiesto lo que distingue y diferencia a los revolucionarios sinceros y efectivos de los defensores y propagadores de esas formas equívocas de colaboración.

La constitución de los consejos no tiene valor sino cuando se los concibe como el comienzo consciente de un proceso revolucionario; y el ejercicio del controlador no tiene significación sino cuando es un acto, un momento de ese proceso.

Actualmente, todos los hombres, sino quieren morir de hambre y de frío, están obligados a adaptarse al funcionamiento de la sociedad actual, adherirse a la constitución burguesa, colocarse en la jerarquía capitalista. Pero, las masas obreras se sienten, cada vez más, lejos de esa forma de asociación, porque ella ya no da garantías suficientes, seguridad de vida, ni utilidad.

El Estado, órgano supremo de la jerarquía social, ha perdido todo valor ante las conciencias individuales, desde el momento que para sus propósitos —no deseados ni sentidos por los individuos— ha pedido y exigido el sacrificio de bienes supremos, derrochando las vidas humanas, el más precioso de los bienes y el más alto de los valores. Y es por eso que la sociedad actual es un desorden, un choque que continuo de automatas que se atraen, se repelen y se encuentran en peleas interminables, sin objeto.

En semejantes condiciones, el proceso revolucionario empieza cuando se comienza a introducir orden en el movimiento social desordenado, cuando los hombres, derrochando su adhesión al viejo estado de cosas —sienten la necesidad de hacer adquirir a su comunidad una forma nueva. Para los revolucionarios, se trata de entender ese proceso



---

Enz de su desarrollo físico, sienten el deseo de satisfacerse sexualmente. Se trata de una necesidad orgánica. Y no satisfacerla es contrario a su propia naturaleza. Si las condiciones sociales se lo impiden, la satisfacción se busca en el onanismo o en la prostitución.

Por lo general, los sindicatos cuyas cajas lo toleran, y a veces aunque no lo toleren,



mujeres no recurran, por una razón económica, a la prostitución por necesidad? El problema de los hijos no es solamente para los que desean satisfacer sus impulsos sexuales ilegítimos, para poner a salvo el "honor", sino que es también para una inmensa mayoría de las mujeres legítimas ante los proletarios.

La visita del hijo "ilegítimo", es un impulso poderoso para llegar al aborto provocado. Es el problema de la maternidad honrosa o deshonrosa que resurge siempre en todas estas cuestiones.

La ley, al castigar, ha evitado el aborto como práctica ulterior? ¿Lo ha extirpado? ¡No! La regresión ha sido siempre impotente.

Teóricamente, el profesor Bottaro acepta el Neomalthusianismo, pero en la práctica lo considera peligroso y pernicioso. ¿Qué hacer? Se debate entre la "moral" y la "necesidad", y, por fin, se inclina por la negativa, sin indicar ninguna prolixidad, e invitando a transigir, es decir a hacer que la madre "ilegal" no sea maldicienda — a fin de que no llegue al aborto y para que se la considere con una tara, como una pecadora que se la perdona moralmente si se dedica a la crianza de su hijo. No había necesidad de abordar el asunto con vestidura de hombre de ciencia para llegar a una conclusión que ya estaba hecha en los catequismos de las diversas y viejas religiones. La pecadora que es perdonada porque se arrepiente de su falta y dedica su vida a expiar la falta obligándose a criar a su hijo.

La ciencia del profesor Bottaro había sido la ciencia de un catequista!

Esto se denominaría también "benevolencia", "lástima"...

Sin embargo, el profesor Bottaro, por su condición de médico especialista en enfermedades de mujeres, habría tenido ocasión de conocer la psicología de la mujer, y, sobre todo, las condiciones de vida de esa caravana de pobres seres condenados a la continencia sexual en nombre de principios sociales que no se avienen con las leyes de la naturaleza. Y es lástima que un médico que tiene esa especialización, como el profesor Bottaro, no haya llegado, en su estudio, a poner de manifiesto las causas sociales del aborto provocado.

La relación del profesor Bottaro, con sus digresiones tan contradictorias, vuelve a confirmar que la mujer es una esclava social, que los años masculinos son los que han impuesto el concepto del "honor".

El aborto provocado es un resultado fatal de las condiciones en que vive la mujer y de la educación sexual actual. La eliminación no es obra de sugerencias morales, ni de influencias ideológicas, porque todo eso no puede oponerse realmente al impulso sexual. No hay que preocuparse por poner frenos a un impulso natural, sino por permitir su expansión en condiciones sociales mejores y diversas de las actuales, porque éstas han fracasado irremediablemente. El amor sexual es un esclavo de la economía que se ve obligado a ser malo, hipócrita, fraudulento y criminal!

Bartolomé BOSIO.

## SOVIETS Y SINDICATOS

Griffiths, un viejo y conocido militante sindicalista francés, ha dado en París una interesante conferencia sobre soviets y sindicatos. El resumen que transcribimos y traducimos del periódico sindicalista "La Vie Ouvrière", (número 41) es digno de ser leído por los trabajadores que en este país también siguen con atención el curso de los acontecimientos del viejo mundo y especialmente en lo que se refiere al movimiento obrero.

Griffiths no se deja impresionar por los aspectos más inmediatos y superficiales de los hechos y remarca, con una clara visión y particular insistencia, sobre la lucha de clases, repudiando con energía y un vigor crítico admirable la tendencia que en ciertos medios se esboza de la colaboración de clases, que quiere rejuvenecer un capitalismo político. Griffiths es un vigoroso pensador proletario, y sus observaciones siempre han sido notables, por su claridad y penetración y por ser de un obrero militante, de un hombre de acción que no se ha encerrado en un gabinete sociológico para desde allí mirar y anotar. Sus observaciones tienen ese mismo valor.

O. P.

«Griffiths hace un estudio comparativo entre el sistema de los soviets y el sindicalismo revolucionario francés. Los dos se apoyan sobre todo en el "productor", despreciándose el "ciudadano". Lo que constituye y seguirá constituyendo la fuerza de los soviets es que ellos dan derechos y poderes a los productores—obreros y campesinos. Y es en esa distinción entre productores y ciudadanos en lo que reposa lo esencial del pensamiento práctico o doctrinal de Griffiths.

«Derechos y poderes a la política o derechos y poderes a la producción? ¿Democratismo o política o Sindicalismo o producción? Hay que elegir!

El democratismo puede implicar la preponderancia de las masas "populares". Pero es preponderancia, generalización consagrada por el sufragio universal, supone y propone la idea de un sistema político que se reconoce "aceptando" las variaciones y distinciones sociales.

El sindicalismo no reconoce ni acepta, esas diferencias sociales y económicas.

El democratismo quiere conciliar—confundiéndolos—los intereses de las dos clases. El sindicalismo no admite nada más que la clase obrera, que predomina en ésta, los que participan en la producción. Niega la posibilidad de una conciliación mientras existan dos clases en la sociedad: la que dirige y la que obedece; la que posee y la que es despojada. El capitalismo es el resultado de la usurpación y es para despojarlo de un poder ilegal que en su contra el sindicalismo organiza a la clase obrera.

El democratismo gira alrededor de la conservación social. En nombre de principios de autoridad acuerda a los unos el derecho de dominar, y en nombre de los principios de la concordia atribuye a los otros el deber de someterse.

Es en esta diferencia entre el productor y el ciudadano que reside la originalidad y la fuerza del sindicalismo.

Hace, después, referencia a los productores industriales y a los productores campesinos. Insiste en que la producción será técnica, es decir, en primer término la obra de los obreros industriales, de aquellos productores a quienes sus costumbres, su organización, su mentalidad, y, sobre todo, la guerra, ha provisto y provee de posibilidades revolucionarias. Considera, al mismo tiempo, que la revolución no puede ser hecha sin el concurso de los campesinos, en quienes la guerra ha reafirmado el espíritu conservador. Habrá que orientarlos hacia el nuevo régimen por medio de un sistema de industrialización del trabajo de la tierra.

Se pronuncia contra el trabajo de lujo, contra el artesanado, que saca brazos a la producción. No quiere un país que se produzca en la pobreza.

Tomón nota los que alimentan la teoría de que la carestía de la vida es una consecuencia inmediata de las huelgas.

No hubo huelga de locatarios y el precio de los alquileres llegó a lo imposible; tampoco la huelga de obreros tranviarios, y si la hubo no fué gananciosa para ellos, y sin embargo las empresas han elevado las tarifas de pasajes.

En todo esto el sofisma burgués desempeña su juego. Según los propietarios de casas, la elevación de los alquileres debe a la carestía de la mano de obra. Pero, ¿de qué mano de obra? Las casas, o los tugurios, que hoy pagamos tan caras fueron construidas con anterioridad a la pequeña alza de salarios; muchas de ellas se construyeron cuando los albañiles percibían tres pesos por una jornada de diez horas, cuatro pesos los carpinteros y así los demás trabajadores de la construcción.

Según los dueños de obra realmente era la burguesía. Los burgueses no trabajan pero se cobran mejor que si trabajasen. Y en cuanto a exigencias tienen muchas más que los que dedicamos nuestros esfuerzos a la producción de algo útil. Nosotros alquilamos una habitación sin exigir al locador que entregue a sus hijos en el caso de tenerlos; en cambio ellos nos exigen precio de palacio por la tal habitación y a condición de que dejemos nuestros hijos en la calle.

Por su parte, las empresas de tranvías, han enriquecido la serie de sobornos burgueses para justificar la explotación del público. Para ellas no hay mano de obra cara y si unos vengamos desear de proteger a sus obreros.

Este mismo argumento, tan anterior, se defendido por los consejeros radicales, es uno de los tantos lugares comunes de la filantropía burguesa. Cualquiera dama de las masas que hacen la caridad, necesita el concurso de explotación que ejerce el marido para acreditar sus acciones benéficas. ¡Es tan lindo dar unos trapitos a un pobre después de haberle hecho producir ricos casimires para el señor...!

Pues bien; las empresas de tranvías, imitando al modo a las caritativas damas, aumentan en unos pesos los salarios de sus obreros con los millones que anualmente percibirán en razón de los dos centavos de aumento por pasajero.

Como esto pudiera parecer una ganga para sus intereses, las empresas se apresuran a decir al público, mediante carteles expuestos en los lugares más visibles de los coches, que gracias al aumento de dos centavos en la tarifa, el público experimentará una rebaja en los artículos de consumo.

Confesamos nuestro aturdimiento. Jamás hemos sospechado que un despojo pudiese beneficiar al despojado. Porque en el caso de las empresas no se trata de despojar a un ciudadano, o a todos los ciudadanos, de un tugurio, por ejemplo—hecho que sería de agradecer—sino que se trata de despojar a todo el mundo de dos centavos cada vez que la necesidad obligue a utilizar un tranvía.

Como a pesar de las interesantes lecciones impartidas en los consabidos carteles, no vemos que tenga relación con los elevados alquileres, con los precios exorbitantes del azúcar, o con los pesimos y caros artículos de alimentación.

El costo de la vida no depende de la circulación de unas cuantas monedas de cobre. Esto lo saben las empresas tan bien como nosotros; lo que no obsta para que recurran a esa miseria, animados quizás por el propósito de burlarse del público que es su víctima.

## El ahorro

La Caja Nacional de Ahorro Postal se ha propuesto esfumarse a cada pasajero los tres centavos que las empresas de tranvías le cobran libres en la moneda fraccionaria de cinco centavos.

Ante este hecho ya no sabemos que pensar de la tesis de las empresas relativa a la carestía.

## El 1.º de Mayo y nuestra acción

Fecha de afirmación revolucionaria en la cual el proletariado del universo exterioriza su protesta contra un régimen de oprobio y de explotación, el 1.º de Mayo debe ser para nosotros un día en el que esas ansias y esos propósitos cobren el mayor vigor. Los productores que formamos en el Sindicato de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos, como órgano actuante de ese movimiento reivindicativo, entendemos como deber haciendo abandono del trabajo. Y con este motivo, bien podemos referirnos a nuestra obra efectiva de conquista y transformación, obra que debemos recordar con justificado orgullo. Durante los últimos años que tiene el Sindicato Ebanista ha realizado una labor inmensa y fecunda en el sentido de emancipar

cupe por las diversiones exclusivamente. Preconiza el ahorro "de los dineros", dedicado a una tarea durante un determinado tiempo del día. Hay que "taylorizar" pero en provecho de la producción proletaria. Aprueba sin reservas, el sistema de los soviets y la dictadura del proletariado; y piensa que los trabajadores ebanistas, de Rusia, tienen que realizar un esfuerzo considerable para poder asegurar su bienestar en el comunismo. Tiene fe en esa obra. Aborda, fundamentalmente, la cuestión de la producción. Pero, está muy lejos de estimular a los obreros en esa tarea de producir. El productor es el único culpable en la situación actual, de salvar al capitalismo y al Estado.

¿Debemos incitar a una mayor producción? Griffiths dice que no debe incitarse a esa mayor producción. No por pena, ni por desconfianza, sino por razonamiento. Hay que negarse a la producción y hacer la revolución.

Un poeta dijo que la vida es del color del cristal con que se mira. Puede ser que esta afirmación contenga la explicación del por qué el público juzga la defensa de sus intereses de manera distinta a las empresas y a la Caja de Ahorro Postal. Estas dicen que protegen al público, pero el público grita que los roban.

Decididamente el público sabe poco de filosofía. Por algo tiene derechos para que reflexionen por él. Recurramos al cristal del poeta para salir del atolladero.

Imaginemos un ciudadano provisto de una cartera con diez pesos. Este ciudadano es asaltado por una banda de ladrones, quienes, después de buscar en la cartera se contentan con sustracción cinco pesos y se retiran con todos los respetos.

Cualquiera, colocado en ese trance, se consideraría dichoso y hasta agradecería de ladrones tan amables.

Pues este es el caso de las empresas y de la Caja de Ahorro Postal combinadas. Aquellas pudieran exigir diez y seis centavos por pasajero en vez de dos, y ésta disminuir los pasajes complementarios de la moneda de veinte. Sin embargo se contentan con menos, y es por ello que los debemos agradecer.

Los ladrones suelen, en muchos casos, de golpear a sus víctimas. Pasa empresas y Caja no tienen lugar a este punto. ¡Agradezcámoslos todos!

Tomemos aparte la acción de la Caja de Ahorro, ya que sus propósitos son distintos a los de las empresas.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

Esto sí que es una ganga. Pasa a esta ganga se le llama ahorro.

De los diez centavos en estampillas de ahorro que el guarda nos devuelve, la Caja no toma nada para sí; por el contrario, ella devuelve en un dado plazo esa misma cantidad sustraída por intereses. Tiene la virtud de fructificar, a nuestros ojos, la moneda que se reproduce los pesos y los pases por resortes ajenos a los naturales.

circunstancias, de la soberbia y codicia patrimonial.

Los iniciadores de la obra hubieron de poner a prueba un caudal enorme de energía y sacrificios para asentar las bases del Sindicato, hasta que, el ingreso de nuevos compañeros fué facilitado poco a poco la tarea de la revolución burguesa. El Sindicato cobraba robustez, se engrandecía y ensanchaba, haciéndose apto para librar grandes luchas con resultados victoriosos.

No hay que decir que hemos sufrido algunas fracasos, pero fueron los de la primera hora, los de todo comienzo, en fin.

La clase capitalista, en el primer período de la organización sindical, sabiendo que su fuerza era todavía poca, presentaba a nuestras reivindicaciones una resistencia tenaz y obstinada, declarando algunas veces el lockout como medida de represalia y con el designio de intimidarnos.

Nada de eso, sin embargo, le sirvió al capitalismo, viendo siempre frustrados sus anhelos tiránicos por la constancia y voluntad inquebrantable del núcleo activo e inteligente de militantes que se mantenía firme en la brecha, defendiendo palmo a palmo las conquistas que la clase patronal quería arrancarnos.

Y la firmeza de esos militantes constata, de hecho, una fuerza de estímulo para el gremio, que, insensiblemente y como atraído por la instintiva convicción de que en su unión reside la fuerza, venía a engrosar las filas del Sindicato.

Las filas se fueron apretando y la conciencia sindical crecía. Se iban formando las condiciones morales y materiales necesarias para el triunfo, en una palabra.

Todo por la obra inteligente, la pertinencia y el espíritu de sacrificio de los camaradas que no abandonaron nunca su puesto y por la eficaz colaboración del gremio, que supo comprender sus intereses y ponerse en condiciones de defenderlos y hacerlos prevalecer por sí mismo, mediante la fuerza que representa nuestro Sindicato de Ebanistas, Similares y Anexos!

¡Es el una fuerza robusta en el más lato sentido de la expresión!

Y es obra nuestra, creada para nuestra defensa y para luchar por nuestra idealidad emancipadora!

Podemos, pues, repetir, estar orgullosos.

De ello — de la fuerza de nuestro Sindicato — informa el éxito que hemos sabido obtener en la huelga reciente. La mayoría de los huelguistas aquí en Sud América que reivindicaciones, y los que resistieron, en menos de una semana fueron sometidos. Y de resultados de esa victoria, nuestra voluntad consciente, se hace presente en los talleres y migratoria en un grado inapreciable la soberbia patronal. Y esto ocurre, podemos decir, a pesar de incurrir en una falsedad, en la gran mayoría de los talleres de ebanistería y sus anexos.

Conviene, por otra parte, tener en cuenta los hechos de las mejores que conquistamos, así desde el punto de vista moral como material. Ellas son verdaderamente importantes, hasta trascendentes en cierto aspecto. Sin vana jactancia, podemos afirmar que son muy pocas las industrias en Sud América que hayan realizado, en base de su propia fuerza, tan importantes y valiosas conquistas.

La acción reivindicadora de nuestro Sindicato, bueno es hacerlo notar, no se ha contentado solamente a elevar las condiciones de los trabajadores. También ha sido uno de los que más ha contribuido al robustecimiento y prestigio de la organización central de los trabajadores del país, o sea la F.O.R.A., de la cual formamos parte integrante, y de otras organizaciones hermanas que, por intermedio de aquella, solicitaron nuestro apoyo y ayuda pecuniaria.

No en vano decimos, pues, que nuestro Sindicato es una fuerza.

Con orgullo, entonces, y consistentemente, podemos conmemorar el 1.º de Mayo de 1920.

Y en esta fecha, proclamemos, avalorando la magnitud de nuestra obra y la de todo el proletariado, que estamos ciertos de llegar a la meta triunfantes y con nuestros propios medios e instituciones.

M. FERNANDEZ.

## Hacia la verdadera igualdad y libertad

Para nosotros—la clase productora—la tan decantada "libertad", no debía de ser un simple lema, un verdadero sarcasmo, que los burgueses emplean como pantalla. Libertad, libertad, libertad, dice la letra del himno nacional. Y nosotros contestamos: Sí, pero esa libertad, es la libertad de la clase capitalista, la libertad que conquistó la burguesía en su revolución para producir, comerciar, importar y exportar con absoluta libertad. Pero esa libertad no nos roza ni las ropas que llevamos puestas a nosotros los trabajadores.

Ellos conquistaron, como he dicho anteriormente, la libertad de producción, lograron un objeto: el de producir aun en mayor cantidad de la necesaria para la humanidad; con lo que, según ellos, solucionaban con la revolución burguesa el problema de la desigualdad.

Hay no se puede decir que la desigualdad obedece a la limitación de la producción; hay se produce en gran escala, sobrepasando lo exigido por las necesidades. Y a pesar de esto tampoco se ha logrado la igualdad de los seres humanos. Dijeron que luchaban por la libertad, igualdad y fraternidad. Y, triunfantes en la revolución burguesa, ¿por qué no llevaron a la práctica dicha teoría. De ello nos damos a conocer brevemente, y se postula que lleguemos a la construcción de la inutilidad burguesa, ya puesta de manifiesto en todas sus actuaciones.

La revolución burguesa, triunfante sobre el feudalismo, no hizo más que adensarse de los patrones de la producción y utilizados en provecho de sus intereses y privilegios de clase. Y el Estado—patrón institucional eminentemente de clase, utilizado como instrumento en pro de los intereses capitalistas—dicta leyes y las dice todos los hombres: "todos los hombres son iguales ante la ley". Y con ese engaño creen solucionado el problema de la igualdad de los seres humanos. Y más ade-

lante dicen: "todos tenemos la libertad de elegir nuestros representantes ante el parlamento". Y con esto ya consideran resuelto el problema de la libertad.

Ahora, nosotros, los productores, los creadores de toda la fuerza productiva, después de haber experimentado muchos engaños y muchos errores, no creemos en nadie y los decimos a todos los parásitos y pícaros, que nosotros nos bastamos y que no necesitamos "protección" de nadie.

Ahora no queremos saber absolutamente nada de la "igualdad ante la ley", y tampoco de la "libertad de elegir representantes"; ahora, el pueblo proletario, bastante duro por cierto, no quiere mariposar, y de acuerdo con un concepto práctico, ve que será muy libre ante la ley; pero que en el campo del trabajo es un hombre que no goza absolutamente de ninguna libertad, si él no es capaz de conquistarla.

Entonces, el obrero, librado a sus propias fuerzas y acción, se ve obligado a crear su sindicato.

Aquí nos vemos obligados a dedicar unos párrafos a la "crítica", o más bien, a la mixtificación que realizan los grandes rotadores, la mal llamada "Liga patriótica", y todos los ilegales; que continuamente se dedican a hacer creer que los trabajadores no gozan de libertad por la "tiranía sindicalista". Ellos podrán decir lo que se les antoje; como así nosotros podríamos decirles que ellos hablan porque les pagan para eso.

Nosotros, los trabajadores, sabemos perfectamente que "nuestra libertad" empieza desde el momento en que ingresamos al sindicato obrero, y que fuera de él, el obrero tendrá que permanecer sometido a la omnímoda voluntad del patrón; servirle las horas que el burgués quiera, por el salario que él le convenga, etc., etc.

Entonces, el trabajador aspira a ir a la libertad que es el momento en que ingresa al sindicato, y esa "tiranía sindicalista", es dirigida única y exclusivamente contra los parásitos y atormentados que viven de nuestro sudor.

Nosotros hacemos nuestra la verdad axiomática de Marx: "Con la revolución que se prepara, los trabajadores no tendrán que perder más que sus cadenas y en cambio tendrán un gran mundo que conquistar".

En estos momentos álgidos para la vida del proletariado, es necesario que los trabajadores definan su actitud, no puede haber vacilaciones: o contra la clase revolucionaria, que, consistente de sus derechos y deberes, está con el sindicalismo único fuerza orgánica capaz de conquistar la verdadera libertad e igualdad de la humanidad, o en contra, con la burguesía y todas las sanguijuelas que la rodean.

Es necesario que los pueblos se convengan de la inutilidad de los parásitos que únicamente tendrán derechos sobre la tierra los que desarrollen una función útil para la humanidad.

Todo lo inútil, lo parásito, lo inmoral, está contra nosotros; todo lo que quiere vivir del "dólar far niente" y todos los ídolos, hay que eliminarlos, como se eliminan los insectos que puedan perjudicar cualquier objeto. Ellos se oponen al movimiento sindicalista y se oponen a que ellos desearan tener un mundo de desigualdades y corrupciones, que es el que les da vida. Y la meta del sindicalismo es la absoluta desaparición de las clases, y crear un mundo de productores con iguales derechos y condiciones de vida, donde se eliminen los elementos parásitos y donde no tengan nada que hacer las miserias y las corrupciones.

El sindicalismo quiere conquistar los instrumentos productivos y organizar la producción sobre una base socialista, obra puramente obrera y que comenzadamente llevan a cabo los trabajadores por medio de los sindicatos.

Julio LAVALLEJA.

## BIBLIOTECA ISRAELITA

Ha sido inaugurada la Biblioteca Israelita, que funciona en nuestro local social, bajo los auspicios del Sindicato.

Los camaradas de este idioma que se interesen por la lectura, pueden pasar todos los días hábiles, de 8 a 10 p. m., a retirar libros o a efectuar consultas en el local habilitado a ese fin.

Además recomendamos a los camaradas ebanistas en general que nuestro Sindicato continúe suscripción a la Biblioteca Obrera, con sede en Méjico 2070, por cuya razón están facultados para retirar libros mediante una credencial expedida por nuestra Secretaría.

## "Almanaque del Trabajo"

Acaba de aparecer el tercer número de este importante anuario para los trabajadores.

Es un volumen de casi 300 páginas, con numerosos grabados y selectas colaboraciones sobre diferentes tópicos.

Contiene además una breve historia del Sindicato de Ebanistas, escrita por nuestro compañero Angel J. Renoldi.

En conjunto forma un buen trabajo. Dicho almanaque está en venta en nuestra Secretaría, Belgrano 2545.

El precio del ejemplar es de \$ 1.—, por correo certificado, agregar \$ 0.20.

## El Imperialismo Capitalista

y las Guerras

(Con motivo de la Contienda Europea)

Del Dr. BARTOLOME BOSIO

Interesante y bien documentado estudio sobre las causas económicas de las guerras capitalistas. Con prólogo de los compañeros Luis Durruti y Sebastián Marro. A total beneficio de "La Organización Obrera".

Se liquidan los ejemplares que restan al precio de \$ 1.—, franco de porte.

Pedidos a Esteban D. Bemeria (contador del C. F.), Belgrano 2545. No se atenderán pedidos que no vengan acompañados del importe para cubrir el envío por giro postal o en estampillas.